

Por JOSE MONLEON

PALOMARES

VIJABAMOS por Andalucía, buscando los ámbitos más antiguos y populares del canto. En Sevilla, doblada la medianoche, en una reunión de trianeros, saltaron las rumbas del artefacto. Luego, al día siguiente, un golpe de teléfono nos encaminó hacia Almería. Había que ir a Palomares y mirar cuanto se pudiese.

Hicimos noche en el hotel Solymar, un nuevo edificio con vistas sobre el puerto y la ciudad de Almería. Desde Málaga, cerrando la entrada al contrabando costero gibraltareño, los faros del coche descubrían parejas de guardias civiles en cada recodo de la dura carretera. En el Solymar nadie parecía interesado en hablar del accidente de Palomares. Los camareros nos repetían:

—Aquí nunca sucedió nada. Sabemos lo **SIGUE**

DESPERTAR EN LA ERA ATOMICA



Toda la tierra que se extiende alrededor de Palomares está siendo minuciosamente rastreada. Tropas del campamento levantado junto a la playa buscan sin descanso los restos de los aviones y de su carga.



Los restos de los aviones americanos son trasladados al depósito establecido unos metros más allá del campamento militar de Palomares.

que dicen los periódicos de Madrid y ellos dicen que no hay peligro. Esto es muy tranquilo.

La frase —«Esto es muy tranquilo»— la oíríamos luego una y otra vez, sonando a exorcismo y a imploración. En la provincia de Almería «no podía suceder nada extraordinario».

En la calle del Obispo Orbera, una de las vías comerciales de Almería, hay mucho movimiento. Abundan los gitanos y las gentes humildes de los barrios cercanos al castillo árabe. Una fila de coches de punto, pintados como taxis —franja roja sobre negro—, con los conductores metidos en algún bar, flanquea la calle. Los bares son, por lo general, muy modestos, y lo mismo sirven un plato de judías que un chato de vino. La vida debe de ser dura para casi toda esta gente —una gitana, al sol, da el pecho al pequeño— y el que más y el que menos ha de atender necesidades urgentes que no dejan tiempo para pensar en otras cosas. Lo de Palomares suena a cuento fan-

tástico o a película norteamericana. En el bar Imperial, que es el más limpio y con mejores tapas de pescado de toda la calle, encontramos al primer testigo del accidente:

—Como todas las mañanas a esa misma hora, el avión-cisterna se acercó para aprovisionar a uno de los aviones de la escuadrilla. Comenzaron a arder sus alas y, casi en seguida, se oyó una terrible explosión. Se salvaron cuatro tripulantes. Otro, que logró saltar al aire con su paracaídas, tuvo la desgracia de que éste se le quemara al alcanzarle un pedazo de avión. Cayó en barrena. Donde yo estaba pasamos un momento de pánico porque creíamos que una parte importante de los aviones había caído sobre la escuela de Palomares. Fuimos corriendo hacia allí y nos tranquilizamos al ver que en el colegio no había caído nada... Nos han reconocido a todos.

Intervienen otros parroquianos. Hay un pequeño maremágnum de opiniones forjadas por las distintas fuentes de información, nacionales y extranjeras.

Salimos de Almería con una temperatura espléndida —«¿por qué en el parte de TV hablan del buen clima de Málaga y nunca nombran a Almería?», me preguntaban—, bajo un sol despejado, contrarrestado por el airecillo fresco que viene del mar. Estamos aún lejos de la tórrida sequedad de los veranos.

Kilómetros y kilómetros de carretera abierta entre un montañoso desierto. Plegaduras de tierra crispada, sin un árbol. Esporádicos rincones con alguna palmera y una casa en ruinas. Al doblar un recodo, encontramos una ciudad de madera reluciente: «Lewis Clark, Cia.». El Oeste americano está aquí, listo para una película. Se nos mete en este desierto almeriense, tan duro, tan ajeno a las rentables rutas de los buscadores de oro o de tierras fértiles.

Rioja. Tabernas. Sorbas, con sus casas blancas, asomadas a lo alto de una profunda sima de piedra. Docenas de mujeres salen del pueblo montadas en calmos borricos. Cae ahora, lejos ya de la costa, un sol implacable sobre la ancha carretera. En el surtidor de Los Gallardos, junto a un paisa-



Al tiempo que se rastrea sobre la tierra, se realiza una continua búsqueda en aguas submarinas. La VI Flota aporta sus hombres, mientras cada mañana, desde las playas de

je de pinos y chumberas, nueva versión del accidente mientras nos ponen gasolina.

—Oímos una explosión terrible y, durante más de una hora, vimos salir un humo muy negro por detrás de esos árboles. Muchos se fueron a ver lo que había pasado. Luego empezaron a circular comentarios sobre lo que llevaban los aviones...

No nos dicen nada más. Se sueltan, en cambio, cuando les preguntamos por la calidad de las tierras de Los Gallardos.

—Son muy buenas. Pero nos falta agua. Hace un par de años, el gobierno hizo unas perforaciones que resultaron positivas. Estamos esperando que acaben las obras y pueda disponerse de ese agua. Es muy importante para el pueblo.

Seguimos adelante. A la derecha queda Mojácar, el viejo pueblo árabe, balcón blanco desde el que pudo verse con detalle la tragedia. Vera, donde un día establecieron los Reyes Católicos su campamento. Y, desde allí mismo, tomamos el desvío de Palomares. La carretera, de tercer orden, discurre por las faldas de una terrosa estratificación. A un lado, nos queda un paisaje inhóspito, salpicado de chumberas y de huecos en el monte que debieron ser los tres cuartos de una casa. Al otro, se abre una lengua de huerta, donde vemos a gente que trabaja normalmente. El sol aprieta en el silencio. Alguna casa habitada, metida entre la tierra del monte, resulta inmediatamente asociada al nombre del pueblo. Finalmente, al rebasar una cuesta, vemos el primer helicóptero.



PALOMARES



campamento, salen escuadras de hombres ranas. El contacto entre la Marina y los hombres de tierra es muy estrecho y constante... Cada descubrimiento, cuenta.

Al fondo, contamos ya las unidades de la flota americana estacionada frente a Palomares. Primeros guardia civiles. Autobuses militares repletos de soldados. Vamos de un lado a otro, sin que, por el momento, nadie nos lo impida. Al acercarnos a la costa, un grupo de civiles nos encamina hacia el campamento. Hay que pedir permiso en la oficina de prensa, montada en un autobús. Nos vamos para allá. Coches. Uniformes. Casitas cerradas, y en la misma entrada del campamento, al lado de un viejo torreón desmochado, la tienda de campaña levantada para atender las reclamaciones de los afectados por el desastre.

Son éstas las viejas tierras de la cultura argárica —dos mil años antes de J. C.—, una de las primeras de nuestra prehistoria. Centro importante en la España de los fenicios y de los griegos. Tierra minera, y un día rica, donde debieron cantarse tarantas y cartageneras. Tierras, al agotarse las minas de plata, de emigración y de hambre. Avanzadilla moderna de los que huyen de los fastos urbanos de las playas de moda. Linde entre el primitivismo español y el nuevo mundo, que, cambiando los hábitos del dinero, ha vuelto a rendir culto al sol. Tierra aún inmóvil, con su parador de turismo en construcción.

Sobre esta tierra explotó el avión cisterna y un bombardero americano. En esta tierra y esta costa, se desperdigó el material que ahora recogen cuidadosamente varios centenares de

hombres. Aquí se levanta el gran campamento. Delante, las unidades de la VI Flota americana aportan hombres a la operación de rescate de los artefactos atómicos.

A LREDEDOR de las ocho de la mañana, comienza el trabajo en el campamento. A bordo de los autobuses salen las distintas patrullas que deben batir minuciosamente la parcela de tierra que se les ha asignado en un mapa. La fila de hombres, con su uniforme verdoso y sus sombreros aldeanos de paja, se extiende a lo largo y avanza lentamente, como una partida de segadores. Levantan las cabañas de tomates, rastrean el terreno centímetro a centímetro, no dejan piedra sobre piedra. Cualquier fragmento del avión o de su carga es señalado con una banderita —blanca o roja, respectivamente— para que los técnicos fijen las características y el radio de explosión. Los camiones acuden inmediatamente por la carga, que es depositada en el ya gran montón de chatarra vecino a la playa. La comisión de la Junta de Energía Nuclear examina cada uno de los hallazgos, así como las plantas, las tierras, las piedras, las casas y las personas de alrededor. A la misma hora —ocho a nueve de la mañana— salen en barcazas las escuadras de hombres-rana. Presumiblemente, al mismo tiempo, se inicia desde la Flota la operación de res-

cate de los fragmentos submarinos. Algún marinero de Garrucha que vio caer el material junto a su barca de pesca, colabora con los americanos y les ayuda en la localización.

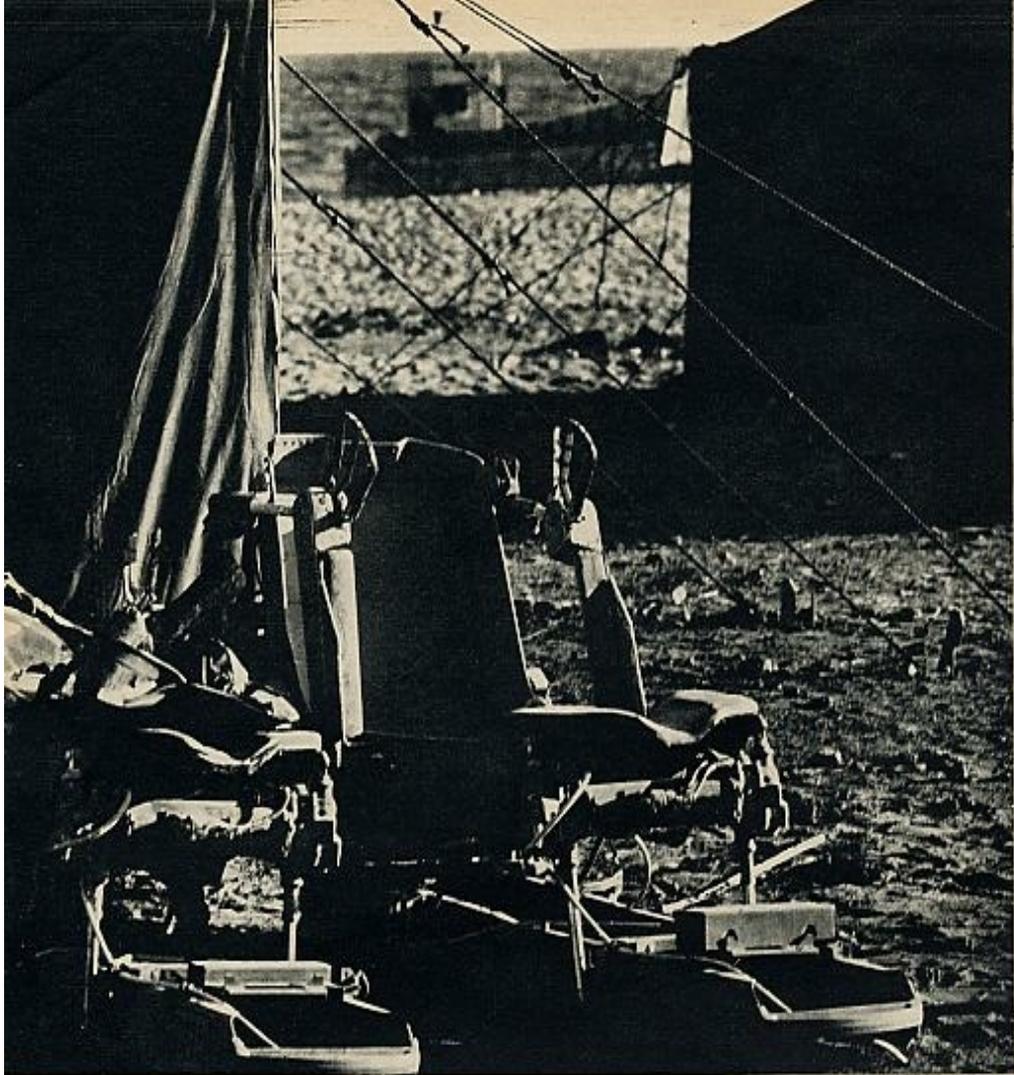
Helicópteros examinan —quizá fotografian— la parte montañosa más inmediata. Otros helicópteros llegan al campamento trayendo grandes bolsas de suministro que depositan suavemente.

El campamento, instalado junto a las ruinas de una antigua mina, aparece dividido en varias secciones o grupos. Muchos llevan boinas compradas en los pueblos vecinos, adornadas con un trozo de cinta cuyo color indica el cuerpo y destino de cada uno de ellos. La comida es abundante y la llegada del coche con las cervezas provoca alborotadas colas. Ante el coche del economato —jabón, pasta de dientes, etc.— hay siempre alguien esperando.

Los oficiales y suboficiales, así como los miembros de la Junta de Energía Nuclear, duermen en pueblos vecinos. El Marycielo, un hotel ya cerrado, ha tenido que abrir sus puertas a este inesperado contingente de huéspedes. Encontrar una cama libre en Mójacar o Garrucha es enormemente difícil.

El campamento está entregado a la búsqueda de los restos de los aviones y su carga, en un radio de varios kilómetros centrado en Palomares.

Van pasando las horas. La agitación es ordenada y permanente. Los helicópteros **SIGUE**



Dos asientos de uno de los aviones americanos. Sus ocupantes fueron lanzados automáticamente en paracaídas y se salvaron. Abajo, una vista del campamento a la hora del rancho: la cola de la cerveza.



llegan a menudo a la improvisada pista de aterrizaje. Provocan un viento que sacude las amplias capas de los guardia civiles. Cruzan camiones portando pedazos de los destrozados aviones. Alrededor de las seis, comienzan a llegar los batidores. Se duchan y acuden luego a recoger su rancho y su chicle. Algunos soldados se pascan por la playa, llevando aún las zapatillas zancudas de los hombres-rana. Otros juegan al rugby. Desde el montón de chatarra, entre notas —un simple letrero, un pedazo de la blanda gamuza del asiento— que humanizan pavorosamente aquellos hierros retorcidos, veo una sábana sujeta a la arena con un par de cañas o palos cruzados. Es la pantalla donde proyectan las películas que suministra la VI Flota, anclada, junto a algunas unidades españolas, en las aguas de Palomares.

Sopla un vientecillo helado, que se extiende por todo el valle. Los americanos morenos de Nuevo Méjico, los enlaces españoles y nosotros mismos parece que formamos un mundo aparte.

TODOS los habitantes de estos pueblecillos —Garrucha, Palomares, Mojácar...— vieron con detalle la explosión y los paracaídas blancos y rojos que descendían sobre el suelo. Los más jóvenes acudieron inmediatamente al lugar donde cayeron los hombres y la mayor parte del material, sin otro móvil que el de mirar y, si venía al caso, echar una mano. Cada uno tiene, pues, su versión de la tragedia y la historia de su participación en ella.

Para la gente de Mojácar, más abierta y «evolucionada» por las corrientes turísticas, el suceso es asumido con actitud perspicaz. Hacen sus cábalas, relacionan unos hechos con otros, sacan sus propias conclusiones y, por lo general, guardan silencio, quizá a la espera del informe público que todo lo puntualice una vez levantado el campamento. Para los habitantes de Palomares, más dejados de la mano de Dios, habitantes de una tierra más dura, la cosa es distinta. Muchos de sus vecinos, en especial los más viejos, no salen aún de su asombro ante la presencia del campamento y de toda su agitación. Gentes que no habían visto nunca un soldado, ven ahora varios centenares. Gentes que nunca habían subido en un coche, ven a los helicópteros detenerse a pocos metros de su casa. El silencio de toda su vida se ha roto de pronto.

Agustina Martínez, de sesenta y dos años, que asistió a uno de los paracaidistas, nos dice:

—Sentí la explosión y me entró un pánico tremendo. Salí a la puerta y vi que caían cosas en ese banal, junto a mi casa. Me metí dentro de una cuevecilla, y, al rato, oí gritar a un hombre. Era un paracaidista, que había caído debajo del asiento y se asfixiaba. Acudí con mi marido y otros vecinos y pudimos sacarle de allí, cortando las correas con una navaja. El hijo del alcalde se le llevó en su coche a Vera... Aquí nunca había pasado nada.

Su marido, Giner Asensio, Giner el del Motor como allí le llaman, nos dice que el paracaidista cayó en una partida llamada La Canal, vecina precisamente al motor que él regenta desde hace treinta años. Ha nacido en Cuevas de Almanzora, la población cercana, y se instaló en Palomares para llevar el motor y doce fanegas, propiedad de un vecino también de Cuevas. Giner no parece muy afectado por la tragedia. Lo pasado, pasado. A ninguno de los suyos le ha ocurrido nada y él no tiene nada que ver con ese mundo que acaba de llegar a Palomares.

Pedro Alarcón, de setenta y nueve años, hace cuerda de esparto en una sillita situada delante de su casa. La explosión lo derribó al suelo, haciéndose ligeras heridas en las manos. Las ventanas traseras de la casa, cayeron. Y en su patio,

PALOMARES



Agustina Martínez, sesenta y dos años, de Palomares: «Sentí la explosión y me entró un pánico tremendo... Me metí dentro de una cuevecilla, y, al rato, oí gritar...».

a pocos metros de él, debió caer uno de los artefactos transportados por los aviones.

—Nunca había oído un ruido tan grande.

Luego, junto a su mujer, María Latorre, una viejecita asustada, de piel campesina y un pañuelo sobre la cabeza, Pedro Alarcón me habla, con arrestos y muy entero, de los perjuicios que ha sufrido y de sus esperanzas de indemnización. Me cuenta también los problemas que plantean las medidas de seguridad tomadas en una tierra cuyo ganado se alimentaba de los pastos del lugar.

Por allí hay un camino interceptado. Damos la vuelta y nos vamos al bar, quizá el único bar del pueblo. Apenas tendrán tres o cuatro clases de bebida. Un grupo de hombres habla del accidente. Por los ojos que ponen cabría aventurar una radiografía de su personalidad sin apenas

correr riesgos. Tantean las palabras y nos miran. Todos parecen un poco sorprendidos por la falta de prohibiciones, por la normalidad con que han vuelto a vivir, al tiempo que los helicópteros, la escuadra y el campamento, dan a Palomares una fisonomía fantástica.

Preguntamos por el cine, donde se estableció la primera clínica de detección de radiactividad. Está cerrado, pero cerca de él hay una casa desalojada y recién blanqueada donde encontramos a la comisión dependiente de la Junta de Energía Nuclear. Con los contadores del laboratorio móvil, examinan objetos envueltos en bolsas de plástico.

En el bar, en la calle, preguntamos a varias personas si habían sido reconocidas. Nos dijeron que sí, y que luego habían vuelto a su vida normal.

Este reportaje, estas líneas, se harían largas, si yo quisiese contar aquí las versiones recogidas en uno u otro lugar. Serían, además, líneas incompletas, en tanto que el problema pertenece ahora a las autoridades militares.

Palomares ha despertado de un sueño de siglos. Los de Garrucha se preguntan si la explosión afectará a la subida creciente del precio de las tierras costeras. Los de Mojácar esperan que los viejos y malos tiempos de emigración no han de volver. Sólo en Palomares no se preguntan nada. Han salido a la puerta de sus viejas casas y han descubierto de golpe la edad contemporánea, la de los soldados americanos y helicópteros que bajan del cielo y se detienen sobre sus pastos.

JOSE MONLEON

(Reportaje gráfico Sánchez Martínez)